

Hanif Kureishi

Algo que contarte

Traducción de Fernando González Corugedo



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Something to Tell You
Faber and Faber
Londres, 2008

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: Keith Haring, 1984, Galería Paul Maenz, Colonia

Primera edición: marzo 2009

© De la traducción: Fernando González Corugedo, 2009
© Hanif Kureishi, 2008
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2009
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7503-4
Depósito Legal: B. 59054-2009

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2241, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Bajé hasta el cruce,
caí de rodillas.

ROBERT JOHNSON

Primera parte

1

Los secretos son mi moneda particular: trafico con ellos para vivir. Los secretos del deseo, de lo que la gente quiere de verdad, y de lo que más miedo le da. Los secretos de por qué el amor es difícil, el sexo complicado, la vida un dolor y la muerte tan cercana y no obstante aparcada bien lejos. ¿Por qué el placer y el castigo están estrechamente relacionados? ¿Cómo hablan nuestros cuerpos? ¿Por qué nos ponemos enfermos? ¿Por qué deseas fracasar? ¿Por qué es tan difícil soportar el placer?

Una mujer acaba de salir de mi consulta. Dentro de veinte minutos llegará otra. Arreglo los cojines del diván analítico y me relajo en la butaca entre un silencio diferente, tomando un té, sopesando imágenes, frases y palabras de la conversación y también las vinculaciones y pausas entre ellas.

Como hago con frecuencia estos días, empiezo a pensar en el trabajo, los problemas a los que me enfrento, y cómo todo esto se convirtió en mi vocación, mi disfrute y mi sustento. Me resulta todavía más misterioso al pensar que mi trabajo empezó con un crimen —hoy es el aniversario, pero ¿cómo se señala una cosa así?—, seguido de la marcha definitiva de Ajita, mi primer amor.

Soy psicoanalista. En otras palabras, lector de mentes y de símbolos. Algunas veces me llaman loquero, curandero, detective,

abrepuestas, rebuscabasuras, o simplemente charlatán de feria o farsante. Trabajo como un mecánico de coches, tumbado sobre la espalda, manejando las cosas de abajo, lo que hay bajo la historia: fantasías, deseos, mentiras, sueños, pesadillas..., el mundo debajo del mundo, las palabras verdaderas bajo las falsas. Me tomo en serio las cosas intangibles más extrañas; me meto en sitios donde el lenguaje no puede entrar, o donde se detiene –lo «indescrriptible»–, y además lo hago a primera hora de la mañana.

Llamando al dolor con otras palabras, escucho a personas que hablan de cómo el deseo y la culpa les incomodan y aterrozan, de los misterios que perforan un agujero en el yo y deforman e incluso dejan el cuerpo impedido, las heridas de la experiencia reabiertas por el bien del alma al ser reconstruida.

En lo más profundo, la gente está más loca de lo que se quiere creer. Descubres que tienen miedo de ser comidos y que les alarma su deseo de devorar a otros. También imaginan, en el curso ordinario de las cosas, que van a explotar, implosionar, disolverse o ser invadidos. Su vida diaria está empapada de temores como que sus relaciones amorosas implican, entre otras cosas, un intercambio de heces y orina.

A mí, ya antes de que todo esto empezase, siempre me gustó el cotilleo, un requisito esencial para mi trabajo. Ahora lo oigo y escucho en grandes cantidades, un río de efluvios humanos fluye hacia mi interior día tras día, año tras año. Como tantos otros modernos, Freud daba trato de privilegio a los detritos; se le podría considerar el primer artista de lo «encontrado», que extrae un significado de lo que normalmente se desecha. Es un trabajo sucio, esto de trabar conocimiento con lo humano tan de cerca.

Ahora suceden otras cosas en mi vida, casi un incesto, ¿quién podría haberlo previsto? Entre mi hermana mayor, Miriam, y mi mejor amigo, Henry, ha surgido una pasión mutua. Las vidas separadas de los tres están siendo alteradas, más aún, agitadas, por esta relación inverosímil.

La llamo inverosímil porque son dos tipos de persona total-

mente distintos, nunca hubieras pensado en ellos como pareja. Henry es director de teatro y de cine, un intelectual descarado, al que le apasionan la conversación, las ideas y lo nuevo. Y Miriam no puede ser más tosca, aun cuando siempre se la consideró «brillante». Se conocían desde hace años: ella me acompañó algunas veces a ver espectáculos de él.

Supongo que mi hermana siempre ha estado esperando que yo la invitase a salir, me llevó su tiempo darme cuenta. Para Miriam era bueno salir de casa y dejar a los niños y las vecinas aunque en ocasiones le supusiese un esfuerzo, porque tiene las rodillas destrozadas y no aguantan su peso, cada vez mayor. Normalmente se quedaba impresionada, pero le aburría. Le gustaba todo del teatro menos las obras. Su parte favorita era el intermedio, el momento de la bebida, los pitillos y el aire. Le doy la razón. He visto muchos espectáculos malos, pero algunos tuvieron unos intermedios fantásticos. El propio Henry se dormía irremisiblemente a los quince minutos de cualquier obra, en particular si la dirigía algún amigo suyo, y apoyaba aquella cabeza peluda en tu hombro mientras te gorgoteaba suavemente al oído como un arroyo contaminado.

Miriam sabía que Henry nunca iba a tomarse en serio sus opiniones, pero no tenía miedo de él ni de sus ínfulas. De Henry, y especialmente de su trabajo, se decía que tenías que alabarle hasta ponerte colorado, y luego empezar a partir de ahí. Pero Miriam no era de dar coba; no veía la necesidad. Le gustaba incluso pinchar a Henry. Una vez que estábamos en el vestíbulo después de un Ibsen o un Molière, o quizás fuera una ópera, proclamó que la obra era demasiado larga.

Todos los presentes contuvimos el aliento hasta que la voz profunda de Henry dijo a través de la barba gris:

—Me temo que ése es exactamente el tiempo que se tarda en llegar del principio al fin.

—Bueno, pues podían haber estado más cerca, es lo único que digo —fue la respuesta de Miriam.

Y ahora hay algo entre los dos, que están mucho más próximos el uno al otro que antes.

Sucedió así.

Si Henry no está ensayando o dando clase, se da un paseo hasta mi casa a la hora del almuerzo, como hizo hace unos meses después de haber llamado primero a Maria. Maria, una mujer de movimientos pausados, amable, que se asusta con facilidad, incluso se avergüenza —en un principio era sólo la señora de la limpieza pero es una mujer que ha acabado por gozar de mi confianza—, prepara la comida abajo, porque me gusta que esté lista cuando termino con el último paciente de la mañana.

Siempre me alegro de ver a Henry. En su compañía puedo relajarme y no hacer nada importante. Puedes decir lo que quieras, pero todos nosotros, los psicoanalistas, pasamos horas con eso. Puedo empezar con mi primer paciente a las seis de la mañana y no parar ya hasta la una. Después almuerzo, tomo notas, paseo o echo una cabezada hasta la hora de empezar a escuchar otra vez hasta la caída de la tarde.

Oigo retumbar su voz que llega desde la mesa que hay fuera, justo junto a la puerta de atrás, antes de que yo esté siquiera cerca de la cocina. Sus monólogos son una tortura para Maria, que tiene la desgracia de tomarse en serio las palabras de la gente.

—Si usted pudiera entenderme, Maria, se daría cuenta de que mi vida es una terrible humillación, una nada.

—No puede ser, seguro que no, señor Richardson, un hombre como usted seguro que...

—Le aseguro que me estoy muriendo de cáncer y que profesionalmente me va fatal.

(Más tarde Maria se me acercó y me preguntó en un susurro, con miedo:

—¿Es verdad que se está muriendo de cáncer?

—Que yo sepa, no.

—¿Y en su profesión le va tan mal?

–Hay pocas personas más eminentes.

–¿Y por qué dice esas cosas? ¡Qué gente más rara, los artistas!

Él continúa:

–Mire, Maria, mis dos últimas producciones, el *Così* y la versión de *El maestro y Margarita* en Nueva York me aburrieron mortalmente. Fueron un éxito, pero para mí no eran lo bastante difíciles. No había lucha, no había riesgo de aniquilación. ¡Y yo quiero eso!

–¡No!

–¡Y entonces mi hijo se trae a mi piso una mujer más hermosa que Helena de Troya! ¡Me odia el universo entero..., los desconocidos escupen en mi boca abierta!

–¡Oh, no, no, no!

–Sólo hay que leer los periódicos. Soy más odiado que Tony Blair, un hombre universalmente aborrecido.

–Sí, todo el mundo dice que es terrible, pero usted no ha invadido a nadie, ni permite que los torturen en Guantánamo. ¡A usted le quieren! –Hubo una pausa–. ¡Sí, ¿lo ve?, usted lo sabe!

–Pero yo no quiero ser amado. Quiero ser deseado. El amor es seguridad, pero el deseo es infecto. «Dámelo con exceso...» Lo terrible es que cuanto menos capaz para el sexo es uno, más capaz es para el amor, esa cosa pura. No me entiende nadie más que usted. ¿Cree que es demasiado tarde para hacerme homosexual?

–No creo que ése sea el remedio, señor Richardson. Pero consúlteselo al doctor Khan. Dentro de poco estará aquí.

Las puertas que dan a mi jardincito, con sus tres árboles y su trocito de hierba, estaban abiertas. Sobre la mesa de fuera había flores y Henry se sentaba ante ella con la barriga prominente haciendo de cómodo almohadón para descansar las manos cuando no se estaba rascando. Sobre la rodilla tenía a Marul, el gato gris que me dio Miriam, un gato que todo lo quiere oler y al que hay que sacar sistemáticamente de la consulta donde recibo a los pacientes.

Ya se había embaulado media botella de buen vino —«¡Yo no creo que haya nada de alcohol en el blanco!»— y seguía hablando para sí mismo, o haciendo asociación libre, vía Maria, que se creía que mantenían una conversación. Desde la cocina, donde me estaba lavando las manos, le oía decir:

—Quiero estar borracho. He desperdiciado mi vida siendo respetable. Y ya he llegado a una edad en la que las mujeres se sienten seguras a mi lado. De modo que el alcohol me pone de mejor humor, a mí y a todos.

—¿De veras? Pero usted me dijo al llegar que sí que le quieren en la Ópera de París.

—Cogerían a cualquiera, Maria, ya me doy cuenta de que a usted le gusta la cultura más que a mí. Es una asidua de las localidades baratas y lee cada mañana en el autobús. Pero la cultura es helados, entreactos, patrocinadores, críticos y las mismas locas aburridas y superrefinadas que van a verlo todo. Está la cultura, que no es nada, y está la tierra baldía. Basta con salir de Londres o poner la televisión y ya la tenemos. Fea, puritana, lasciva, estúpida, y gente como Blair que dice que no entienden el arte moderno y nuestro futuro rey, Carlos el Bobo, precipitándose hacia el pasado. En algún momento creí que ambas llegarían a solaparse, la popular y la alta, ¿puede creerlo? Ay, Maria..., comprendí que mi vida se había acabado cuando decidí empezar con las acuarelas...

—Por lo menos no limpia retretes para ganarse la vida. Vamos, pruebe estos tomates. Bien abiertos y sin pepitas.

—¡Oh! Deliciosos. ¿De dónde los ha sacado?

—De Tesco. Use la servilleta, se ha puesto perdida la barba. ¡Está atrayendo a las moscas!

Agitaba las manos junto a él, que le dijo:

—Gracias, madre. —Levantó la vista al verme tomar asiento—. Jamal —dijo—, déjate de risitas y dime: ¿has leído *Symposium* últimamente?

—Cállese, mal hombre, deje comer al doctor —dijo Maria—.

Todavía no se ha llevado ni un trozo de pan a la boca. –Por un momento creí que le iba a dar un cachete en la mano–. El doctor Khan ya ha oído hablar bastante esta mañana. Es muy amable al escuchar a todas esas personas que deberían estar encerradas en el manicomio. ¡Y qué impúdicos son algunos! Cuando les abro la puerta, hasta los más vulgares quieren hacerme preguntas sobre el doctor. Adónde va de vacaciones, adónde se ha ido su esposa... Pero a mí no me sacan nada.

Comíamos. En su honor, digamos que Henry no podía parar de hablar.

–«Viajamos con un cadáver en la bodega.» Ibsen quiere decir que los muertos, los padres muertos, los muertos vivientes, en realidad, son tan potentes, incluso más potentes, que los que existen de verdad.

–Todos estamos hechos de otros –murmuré.

–¿Cómo se mata a un padre muerto entonces? Hasta la culpa resultaría espantosa, ¿no?

–Probablemente.

–En esta obra –continuó–, Ibsen es un escritor de lo más realista. ¿Cómo se simboliza a los fantasmas? ¿Hace falta? –Tal y como hacía a menudo, Henry alargó el brazo para coger comida de mi plato–. Esta amistosa agresión –dijo, levantando una alubia– seguro que es señal de un hombre que disfrutaría compartiendo tu mujer contigo.

–En efecto. Sé bienvenido.

Si hablar es el coito de quienes están vestidos, no cabía duda de que Henry se lo pasaba bien; y esas peroratas histriónicas a la hora de comer me resultaban divertidas y relajantes. Cuando Maria se iba a fregar los platos y Henry y yo echábamos una ojeada a las páginas de deportes o contemplábamos cómo agachaba levemente la cabeza la fila de girasoles que había plantado mi hijo Rafi contra la pared trasera del jardincillo, su éxtasis ya era menor.

–Ya sé que a la hora de comer no trabajas. Te tomas tu en-

salada. El vino. Charlamos de tonterías, o por lo menos yo. Tú sólo hablas del Manchester United y de los pensamientos de los jugadores y del entrenador, y después das tu paseo. Pero escúchame, de todas formas.

—Sabes que odio estar solo —añadió—. El silencio me vuelve loco. Suerte que Sam, mi hijo, lleva cerca de un año viviendo conmigo. Fue un paso adelante en nuestra relación que decidiera que no podía resistir eso de pagar el alquiler o las facturas. Y ese mocoso tiene una de las mejores educaciones que el dinero de la madre le podía pagar. Toda su infancia estuvo dedicada a los artilugios electrónicos y, como seguramente ya te conté, le va muy bien en la televisión basura, trabaja en una compañía especializada en mostrar gente desfigurada y cirugías plásticas. Cómo la llaman... Televisión de accidentes de carretera. ¿Sabes qué me dijo el otro día? «Papá, ¿es que no lo sabes? La época del arte culto se ha terminado.»

—¿Y tú le crees? —pregunté.

—Eso fue un tremendo mordisco, arrancado del centro de mi existencia. Todo aquello en lo que creía. ¿Cómo puede ser que mis dos hijos odien la alta cultura? Lisa es una virtuosa de la virtud, vive gracias a una dieta de alubias y agua purificada. Estoy seguro de que hasta sus consoladores deben de ser orgánicos. Una noche la arrastré a la Opera House, y cuando nos hundíamos en el terciopelo con un suspiro, empezó a marearse y a delirar de lo rococó que lo encontraba todo. Hice una apuesta conmigo mismo a ver cuánto tardaba en emplear la palabra «elitista». En el intermedio tuvo que marcharse. ¡Y mi otro hijo adora el kitsch!

—¿Y qué?

—Por lo menos el chico es sano y vigoroso —continuó—, y no tan estúpido como quiere hacerte creer. Se viene a vivir conmigo y se trae una novia que se instala en casa cuando viene a Londres. Pero tiene otras amigas. Vamos al teatro, a un restaurante, y liga con más chicas delante de mí. Sabes que estuve conside-

rando hacer una producción de *Don Giovanni*. Me tumbo en la cama en la habitación contigua a la suya, con los auriculares puestos para convocar al Don, intentando visualizarlo. La mayoría de las noches Sam hace el amor. Al principio de la noche, a la mitad, y de propina por la mañana. Lo oigo una y otra vez. No puedo escapar de esos gemidos sincopados. La música del amor sin el terror a la eyaculación precoz que yo sentía de joven. Y de mayor, por supuesto.

Hizo una pausa.

—Y luego al desayunar veo a las chicas, y pongo cara a los gritos. Hay una, la más asidua, una «escritora» de revistas de moda que lleva un postizo de pelo rubio y usa sandalias de tacón alto y una bata roja de satén que se le abre siempre cuando estoy a punto de cascar el huevo. Por un beso de una chica así inundarías San Marcos o quemarías cien Vermeers, si los hubiera. En fin —dijo finalmente—, esto es una especie de infierno, incluso para un hombre maduro como yo, acostumbrado a soportar los golpes y seguir adelante como un auténtico soldado de las artes.

—Ya lo veo.

Con una cómica pedantería, como haría yo con un paciente, dijo:

—¿Qué le hace sentir eso?

—Me hace desternillarme de risa.

—Yo leo estos libros contemporáneos para ver qué está pasando. Ni se me ocurriría comprarlos, me los mandan los editores, y están llenos de gente liada con el sexo. Placeres de lo más inadmisibles, amigo mío, a base de hombres-mujer, cosas de ese estilo, gente que se hacen pipí unos encima de los otros, o que se ponen ropa militar de faena y fingen ser combatientes serbios, y aún peor. Ni te imaginas lo que hace la gente por ahí. Pero ¿en serio que lo hacen? Ya sé que tú no soltarás nada.

—Lo hacen, lo hacen de verdad —dije con una risita.

—¡Jesús! Yo lo que quiero —dijo— es un poco de droga. Fu-

maba cigarrillos, pero lo dejé. Mis placeres desaparecieron con mis vicios. No consigo dormir y estoy harto de pastillas. ¿Tú no puedes conseguirme algo?

–Henry, ahora mismo ya no necesito hacer de camello. Tengo una profesión.

–Ya lo sé, ya lo sé... Pero...

–Ven –le dije con una sonrisa–, vamos a dar un paseo.

Caminamos juntos calle arriba. Él me saca la cabeza y es un tercio más ancho. Yo iba pulcro como un funcionario, con el pelo corto y de punta; generalmente llevo camisa con corbata y chaqueta. Él arrastraba los pies, con una camiseta demasiado grande: parecía que todo lo llevase por fuera. Y al andar era como si se le fueran cayendo trocitos. Llevaba zapatos sin calcetines, pero no pantalones cortos, hoy no. Con los brazos cargados de libros, novelistas bosnios, dietarios de directores de teatro polacos, poetas norteamericanos y periódicos que había comprado en la avenida de Holland Park –*Le Monde, Corriere della Sera, El País*– y regresaba a su piso junto al río.

Con su propio ambiente a cuestas, Henry danzaba por su barrio como si fuera un pueblo –se había criado en una aldea de Suffolk–, saludando en voz alta sin parar a éste o aquél, al otro lado de la calle y deteniéndose a menudo con ellos para hablar de política o de arte. Ante el hecho de que al parecer en Londres ya casi no quedaba nadie que hablase un inglés comprensible, su solución era aprender sus lenguas. «La única forma de manejarse en este barrio es hablando polaco», proclamaba últimamente. También sabía el suficiente bosnio, checo y portugués para arreglárselas en los bares y las tiendas sin gritar, así como otros idiomas europeos como para andar por su ciudad sin sentirse marginado.

Yo he vivido toda mi vida de adulto en la misma página del callejero de Londres. A la hora del almuerzo me gustaba dar un par de vueltas a las pistas de tenis, como los otros trabajadores. A esta zona, entre Hammersmith y Shepherd's Bush, la he oído

describir como «una rotonda rodeada de miseria». Algún otro sugirió que podría hermanarse con Bogotá. Henry la llamaba «una gran ciudad de Oriente Medio». Ciertamente, siempre había sido un sitio «frío»: en el siglo XVII, después de las ejecuciones de Tyburn, cerca de Marble Arch, trajeron los cuerpos de los ahorcados para exhibirlos en Shepherd's Bush.

Ahora la zona era una mezcla de más o menos ricos y pobres, últimamente eran sobre todo inmigrantes polacos y del África musulmana. La gente próspera vivía en casas de cinco plantas, más estrechas, me parecía a mí, que los edificios georgianos del norte de Londres. Los pobres vivían en esas mismas casas, pero divididas por habitaciones, y ponían la leche y las zapatillas deportivas al fresco en los alféizares de las ventanas.

Los inmigrantes recién llegados llevaban sus pertenencias en bolsas de plástico, y a menudo dormían en el parque; por la noche hurgaban en los cubos de basura en busca de comida, al alimón con los zorros. Alcohólicos y dementes mendigaban y peleaban constantemente en la calle; camellos en bicicleta hacían guardia en las esquinas. Habían empezado a abrirse nuevos restaurantes, charcuterías selectas, agencias inmobiliarias, también salones de belleza, cosa que interpreté como indicador positivo de un alza de precios de las casas.

Cuando tenía más tiempo me gustaba ir hasta el mercado de Shepherd's Bush, con todas aquellas filas de coches con chófer estacionados a lo largo de la estación de Goldhawk Road. Mujeres de Oriente Medio con sus *hijabs* recorrían el mercado, donde se podían comprar enormes fardos de telas llamativas, zapatos de piel de cocodrilo, ropa interior rasposa y bisutería de pega. CD y DVD «piratas», maletas y cotorras, así como imágenes coloreadas en tres dimensiones de La Meca y de Jesucristo. (Una vez, en la ciudad vieja de Marrakech, me preguntaron si había visto antes una cosa así. Únicamente pude responder que había recorrido todo aquel camino sólo para que aquello me recordase el mercado de Shepherd's Bush.)